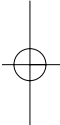
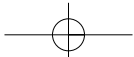


Robertson Davies y el viejo destino

 Al morir Robertson Davies en 1995 sus lectores se preguntaban si no haber sido nunca un best-séller mundial pudiera deberse a que se comportó siempre como un escritor de civilización, algo que no es exactamente lo mismo que tener un buen sastre, saber usar cualquier elemento de cubertería o ceder el paso a las damas en la hora final del Titanic. En realidad, algunas de sus novelas fueron traducidas al español, pero sin convocar el fervor de las masas ni el entusiasmo de los críticos que todavía leen. Robertson Davies hizo decir a uno de sus personajes que Rabelais era maravillosamente culto porque el saber le divertía, y ésa es la mejor justificación del saber; no la única, sino la mejor. Al leer novelas como *El quinto en discordia* uno reencuentra la figura del escritor civilizado, divertido, cerebral —en sentido del todo opuesto al autismo intelectualista—, glorioso ejemplo del cruce entre lo británico y lo canadiense, vástago elegante de los mejores días de la Commonwealth, hoy asaltada por prosistas jamaicanos, realistas mágicos pakistaníes y bardos centroafricanos. Así concluye su última novela, *Un hombre astuto*: «No, éste es el Gran Teatro de la Vida. La entrada es gratuita, pero el tributo es mortal. Usted viene cuando quiera y se va cuando debe. La sesión es continua. Buenas noches». Davies es, en el sentido más excelente, un escritor patricio.

Con *El quinto en discordia* (1970) Davies inició su *Trilogía Deptford* completada con *La Manticora* (1972) y *Mundo Prodi-*



X PRÓLOGO

gioso (1975). La trilogía se publicó en los años ochenta en Argentina, y Libros del Asteroide la recupera ahora con nuevas traducciones. Ya era un escritor en plena madurez, ágil, melancólico, sutilmente victoriano. Esa era su segunda trilogía, después de *La Trilogía Salterton*. La tercera iba a ser la *Trilogía Cornish*, iniciada a los seis años de concluir su *Trilogía Deptford*, que arranca en 1981 con *Ángeles rebeldes* (1981), seguida de *La memoria de la sangre* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988). Fue un despliegue de vitalidad intelectual adiestrada en la sutileza y en dilemas morales que seguirán acuciándonos a pesar de que pasemos por una época de *piercing* y de todo a cien. Davies tenía *in mente* una cuarta trilogía, pero solo logró escribir las dos primeras partes, *Asesinatos y ánimas en pena* (1991) y *Un hombre astuto* (1994), únicos títulos publicados hasta la fecha en España. Los volúmenes de sus columnas en la prensa canadiense, con el seudónimo Samuel Marchbanks son una delicia total. Davies es el gran novelista del Canadá y a la vez uno de los últimos *men of letters*. Anchos estratos de humor parecen querer disimular la densidad moral de Robertson Davies, como si se negase a asumir la trascendencia del escribir; haber estudiado en Oxford y una desenvoltura intelectual máxima le ahorran a Robertson Davies competir con el teólogo y el filósofo — desde luego, en las antípodas del ideólogo— pero se afana por revelarnos la importancia del espíritu.

Primera parte de la *Trilogía Deptford*, *El quinto en discordia* explora las líneas de penumbra entre destino y accidente. Una bola de nieve lanzada a los diez años tendrá consecuencias para el protagonista Dunstan Ramsay y para toda la pequeña comunidad de Deptford, en tierras de Ontario, como un regreso de Davies al paisaje natal en el que le inscriben un padre galés —senador y editor de periódicos— y una madre presbiteriana. Deptford es de hondas raíces presbiterianas: la condenación sombría y predestinada. Aquella bola de nieve que contra Ramstay lanzaba su amigo Staunton va a parar a la señora Dempster y le provoca un parto prematuro cuya consecuencia será Paul Dempster, nacido con unas deficiencias que agrandan trágicamente la trayectoria de la bola

PRÓLOGO XI

de nieve. La existencia de Ramsay predomina en *El quinto en discordia*, Stauton toma el relevo en *La Manticora*, con un poso permanente de arquetipos junguianos, mientras que en la tercera parte de la trilogía, *Mundo Prodigioso*, protagonizada por Paul Dempster, llegamos a un mágico *gran finale*. Al valorar la trama conjunta de la *Trilogía Deptford* algún crítico ha buscado parangones en *Rashomon* de Akutagava y otros de sus relatos poliédricos.

El quinto en discordia prosigue con la vida de Ramsay. Primera guerra mundial en los confusos lodazales de Flandes: héroe —Cruz Victoria— en el episodio de Passchendaele. Una pierna artificial y un bastón: regreso triunfal a Deptford. Años de universidad: luego, *vieux garçon*, vida académica y una pasión por la hagiografía, en busca de un icono que se le apareciera en el fragor de la guerra. Mientras, Staunton es un hombre de poder y a la vez vulnerable por secretos que se remontan a la adolescencia en Deptford. Culpa y condenación en pugna con el libre albedrío de los individuos: como decía Davies, la religión es uno de los principales modos por los que el hombre ha intentado explorar su destino. «Esa es una de las crueldades del teatro de la vida: todos nos creemos estrellas, y rara vez advertimos que en ciertos casos no somos más que actores de reparto, o incluso supernumerarios». Somos más bien *El quinto en discordia*.

Errado casi siempre en sus augurios económicos, no por eso John Kenneth Galbraith carece de un buen olfato literario. Es una pena que su dietario como embajador de los Estados Unidos en Nueva Delhi —*Diario de un embajador* (1969)— se lea más como pieza política que como *delicatessen* literaria. Notorio admirador de las novelas de Robertson Davies, les veía una cierta cualidad muy siglo XIX en combinación con una imaginación teatral. Davies fue actor en su juventud y aunque probó suerte en Broadway no tuvo éxito como autor teatral. Acrecentaba su hondura psicológica con una complicidad constante con el mundo de Jung, al igual que otro escritor de cada vez más olvidado, Laurens van der Post. Francis Cornish, personaje central de su tercera trilogía es un maestro del engaño que acaba por creer en el arte como significación radical de la apariencia.

XII PRÓLOGO

Virtuoso del vodevil intelectual y ostentoso excéntrico vital, Davies nació en Ontario (Canadá) y cruzó el Atlántico para estudiar en Oxford. Trabajó en el legendario Old Vic Theater de Londres antes de regresar al Canadá casado con una actriz, estrenarse como novelista, triunfar como columnista y tener una alta posición académica al arrimarse a la hora de la vejez. Estuvo a punto de obtener el Premio Nobel en 1992. Tampoco tuvo éxito en Gran Bretaña. Fue desde pronto el escritor *senior* de Canadá, augur de una tradición breve, especialmente intrigada por lo que significa ser canadiense. Davies representó todo lo que parece estar en las antípodas de un Canadá filisteo y provinciano. Significativamente, pasó del rigor presbiteriano a la liturgia anglicana.

En *Ángeles rebeldes* cuenta cómo en el neogótico colegio universitario de San Juan y el Espíritu Santo —que podría ser escenario de una nueva disputa nominalista— acontecen dos prodigios: regresa el hijo pródigo Parlabane y el legado Cornish provoca aludes de codicia. En sus propias palabras, Davies era un moralista en el sentido de que existen pautas del comportamiento humano que son inexorables: son arquetipos de conducta, sin que se diga que son buenos o malos. Sus novelas abundan en un *tempo* que es alegre *ma non troppo*. Como en el caso de *La memoria de la sangre*, hoy por hoy podrá extrañar que un novelista quiera perder el tiempo contando una vida de cabo a rabo, de la infancia a la decepción amorosa. Con fe en el fraude como elevada forma de arte, Cornish pintará una obra maestra —«Las bodas de Canaán»— para engaño de todos. Guerra y paz, gloria y muerte: todo le llega a Cornish mientras —como dice su demonio tutelar— las metáforas de Saturno, el decidido, y Mercurio, el tramposo, estaban plasmando toda su vida.

Robertson Davies demostró sobradamente que siendo fiel a los modos tradicionales de la novela cualquier día iba a parecer moderno. Entre escritores no es muy frecuente que envejecer —como le ocurría a Davies— llegue a ser una aventura. Lo prueban sus dos últimas novelas. En *Asesinato y ánimas en pena* y *Un hombre astuto*, el novelista jungiano, el moralista irónico, muestran la alta perfección y madurez de un oficio narrativo que le per-

PRÓLOGO XIII

mite colgar el sombrero de cualquier percha o en la faz de un mito, penúltimo vestigio de una era dorada de la novela, diestro en fragilidades y sabidurías. En un comentario sobre las novelas de Ferdinand Mount, el crítico D. J. Taylor subraya que el éxito de novelistas como Swift, McEwan, Ishiguro o Salman Rushdie significa de uno u otro modo que en los últimos veinte años un cierto modo de entender la novela le ha ganado la partida a otro muy distinto. El estilo perdedor es la novela del declive inglés, entre melancólica y humorística, un estilo de irónicas miradas hacia el pasado, el tipo de novela —o secuencia de novelas— que Anthony Powell escribía, como todavía las escriben A. N. Wilson o Ferdinand Mount. No es casual que los tres, aún siendo traducidos al español, hayan tenido escasa resonancia, como por motivos equiparables podría decirse que no la ha tenido Robertson Davies.

En *Asesinatos y ánimas en pena*, el periodista Connor Gilmartin, reducido por su mujer a la condición de fantasma, va a ver de nuevo su historia personal y la de toda su familia, suma de la experiencia ancestral contada con elementos convencionales de saga como un juego simbólico de ligerezas y densidades, especie de *feedback* de lo azaroso que se representa como destino y que muestra el pasado como una obra de arte. Insertas en su árbol genealógico, las individualidades pierden el derecho a la venganza personal, aunque tengan la impunidad de un fantasma. Davies dice que así es la historia de la civilización —construcción, destrucción, construcción, siglo tras siglo—, no porque avance a empujones, sino porque nunca se detiene, incluso cuando está aparentemente destruida. Algo así es lo que, ya de fantasma, Gilmartin entiende pronto: son asuntos que requieren el temperamento de Shakespeare, una perfecta credulidad en todo, mantenida en guardia por un vivaz escepticismo ante todo.

VALENTÍ PUIG